

punto de dar el lamentable espectáculo de una guerra civil. Avenidos al fin por tercera vez los dos caudillos, y confirmado su ajuste en los altares con juramento solemne, Almagro partió para las deliciosas y fértiles regiones de Chile, donde no nos es posible seguirle en todos los obstáculos que tuvo que superar, ni en sus luchas con los audaces y robustos chileños.

Una insurreccion general de los peruanos contra los opresores de su pais, á cuya cabeza se puso el Inca Mango, estalló de la manera mas imponente. Por todas partes eran degollados los destacamentos españoles que cobraban los tributos en las provincias. Un ejército de doscientos mil insurrectos se dirige á atacar á Cuzco, otro casi igual acomete á Lima. De los tres hermanos Pizarros que defendian á Cuzco, Juan, Fernando y Gonzalo, el primero muere de una pedrada, los otros dos son acorralados en un barrio de la ciudad. Todas las partidas que el marqués Francisco Pizarro envia en su socorro, son acuchilladas en el camino, y él tiene harto que hacer con atender á Lima. Por fortuna llega al valle de Jauja con un refuerzo considerable Alfonso Alvarado, hermano del gobernador de Guatemala, y con su auxilio derrota el intrépido conquistador del Perú el ejército sitiador de Lima, ahuyentándole á la montaña. Pero en esto Diego de Almagro, discurriendo que en su gobierno debe estar comprendida la provincia de Cuzco, mar-

cha desde Chile con su ejército derecho á aquella ciudad, sorprende y derrota á los peruanos que ocupaban la mayor parte de la poblacion, hace prisioneros á los dos Pizarros encerrados en un barrio de ella, revuelve contra Alvarado que marchaba á socorrerlos, suduce sus tropas en Abancay, y le hace prisionero tambien. Aconséjanle que quite la vida á los tres ilustres presos, pero Almagro rechaza la proposicion, y se mantiene en Cuzco en expectativa de la resolucion que tomará Francisco Pizarro (1537).

El imperio del Perú se vé dividido entre dos antiguos compañeros asociados con juramento, ahora terribles enemigos, que dominan en sus dos capitales, Almagro en Cuzco, y Francisco Pizarro en Lima.

En tan crítica situacion, Pizarro, sin perder su serenidad, recurre para vencer á su adversario á mañosas y artificiosas negociaciones, entretiénele con proposiciones engañosas de reconciliacion, hasta que lograda la reunion de sus dos hermanos y de Alvarado, y recibidos considerables refuerzos, declara abiertamente á Almagro que está resuelto á que se decida la cuestion con las armas. Almagro, anciano ya, achacoso y herido, ordena que sus tropas al mando de su teniente, el valeroso Rodrigo Orgoñez, le esperen en el campo de las Salinas á media legua de Cuzco. Se da un combate sangriento entre los dos ejércitos españoles; el de Almagro flaquea; Orgoñez cae prisionero, y un soldado le corta la cabeza de un

sablazo con bárbara ferocidad: el ejército de Almagro queda vencido (26 de abril, 1538). El mismo Almagro, testigo de la derrota desde un recuesto en que estuvo presenciando la batalla, busca su salvación en la fuga, pero es alcanzado y preso, y conducido con cadenas á Cuzco, que se rinde sin resistencia al vencedor. Su muerte es lo único que puede saciar la venganza de los Pizarros. Acusado del delito de alta traición y sometido á un tribunal, ya se sabía que los jueces le habian de condenar á la última pena. El anciano guerrero se siente abatido por la primera vez de su vida; invoca los recuerdos de su antigua amistad con Pizarro, implora compasión, alega la generosidad con que él se ha conducido con los hermanos Pizarros que tuvo en su poder, enseña su blanca cabellera por la cual ha pasado la nieve de setenta y siete inviernos, interesa y enternece á los soldados, pero no ablanda el empedernido corazón de los Pizarros. «Pues bien, esclama recordando súbitamente su antiguo valor, libradme de esta vida, y sácese vuestra crueldad con mi sangre.» Este hombre insigne sufrió la muerte de garrote en la prisión, y su cabeza fué cortada despues en la plaza pública de Cuzco.

La crueldad de los Pizarros indignó á muchos, suscitó vengadores, y no faltó quien denunciara sus tiranías á la corte de España. Fernando Pizarro que se presentó en ella á defender su conducta y la de

sus hermanos, escandalizó con el lujo mas que régio de que hacía ostentacion, y en vez del resultado favorable que confiaba conseguir, se creyó conveniente asegurar su persona, y fué arrestado primeramente en el alcázar de Madrid, y trasladado despues al castillo de la Mota de Medina del Campo. Se envió al Perú en calidad de comisario régio á Vaca de Castro, hombre pundonoroso, severo é incorruptible, investido con las facultades de poner en otras manos el gobierno del Perú si lo creyese conveniente, y con la comision de residenciar la conducta de Pizarro, que seguia ejerciendo allí un despotismo insolente, y distribuyendo á su arbitrio entre sus parientes y favoritos las tierras mas fértiles y mejor situadas.

Mas antes que llegase el comisionado régio, otros se habian encargado de juzgar á Pizarro de una manera menos legal pero mas enérgica. Un oficial instruido y hábil llamado Juan de Rada, con quien se habia educado un hijo del desgraciado Almagro, jóven que revelaba la misma firmeza de carácter que su padre, hizo su casa el centro y foco de una conspiracion para matar á Pizarro y sus allegados. El astuto Rada tuvo ardid para tranquilizar al gobernador sobre las sospechas que ya le habian hecho concebir de la conjuracion; y tal era la confianza de Pizarro, fiado en su máxima: «el poder que tengo para cortar la cabeza á los demas, garantiza la mia», que aunque recibió diferentes avisos, hasta del dia

en que se habia de ejecutar el proyecto, siempre le tuvo por imaginario, y la única precaucion que tomó aquel dia fué no salir de casa, y hacer que le dijéran la misa (que era domingo) en su palacio. Por lo demás comió á la hora de costumbre con los oficiales que tenia convidados (26 de junio, 1541).

Aprovechándose el intrépido Rada de aquella im-precaucion, sale de casa del jóven Almagro con diez y ocho de los conjurados, y lanzándose á la calle con las espadas desnudas al grito de «¡viva el rey! muera el tirano!» que era la señal convenida, acuden los demas conjurados y se precipitan todos al palacio del gobernador. Tal era el odio á la dominacion de Pizarro, que al verlos las gentes pasar por la plaza, se decian unos á otros con indiferencia: «estos van á matar al marqués, ó al secretario Picado.» Pizarro, á quien acompañaban solamente su hermano Francisco, un caballero y dos pages (los demas habian desaparecido al ruido de los agresores que penetraban en su aposento), se arma repentinamente, y sin tiempo para ajustarse la coraza, empuña su escudo y su espada, y gritando: «valor, amigos, y á ellos que traidores son!» se lanza sobre ellos, y se empeña una lucha desigual, y mas desesperada que provechosa. Su hermano cae muerto á sus pies, y él mismo despues de parar muchos golpes, fatigado ya y rendido su brazo, recibe una estocada en el cuello, y el vencedor de tan innumerables huestes en los campos de

batalla sucumbe en su aposento á manos de uno de sus oficiales.

Asi pereció el célebre Francisco Pizarro, hombre singular, que con solo su valor y su natural talento, falto de toda clase de instruccion y sin haber llegado á saber escribir su nombre, que tenia que poner su secretario entre dos rasgos que para firmar trazaba él con su pluma, llegó á conquistar dilatados reinos y á gobernarlos y dirigirlos.

Los conjurados se derramaron por la ciudad con las espadas ensangrentadas anunciando la muerte del tirano, y proclamando al jóven Almagro único y legítimo gobernador del Perú. «Si entonces el viejo Almagro, dice un erudito historiador español, pudiera levantar la cabeza y contemplar á su hijo sentado en aquella silla y debajo de aquel dosél, gozára en su melancólico sepulcro algunos momentos de satisfaccion y de alegría. ¡Pero cuán cortos fueran, y cuán acerbos despues á su corazon paternal! Verfale, al frente de un partido furioso, sin talento para dirigir y sin fuerza para contener: divididos sus feroces capitanes, y matándose desastradamente unos á otros sin poderlo él estorbar: arrastrado por ellos á levantar el estandarte de la rebelion y á pelear contra las banderas de su rey: vencido y prisionero, pagar con su cabeza en un patíbulo la temeridad y yerros de su mal aconsejada juventud; y llevado por fin á la sepultura de su padre, con quien se mandó enterrar,

pudieran ver los dos en sus comunes infortunios cuán peligroso poder es el que se adquiere con delitos.»

No nos compete á nosotros proseguir la historia de aquellas regiones, y aun hemos llegado hasta aquí por no dejar de dar noticia del fin que tuvieron los dos mayores y mas famosos conquistadores del Nuevo Mundo despues de Cristóbal Colon.

Así mientras Cárlos de Austria destruía las libertades en Castilla, dos castellanos le estaban conquistando vastos imperios en el Nuevo Mundo, y mientras unos españoles le aprisionaban reyes en Europa y en Africa, en Pavía, y en Tunez, otros españoles encarcelaban y enjaulaban emperadores y soberanos y derrocaban tronos en las regiones trasatlánticas, y sujetaban al cetro de Cárlos V. dominios sin límites (1).

(1) El que desee noticias mas estensas acerca de la conquista de Méjico, que á nosotros, en conformidad al objeto y plan de nuestra obra, no nos incumbia sino apuntar, hallará cuantas pudiera apeteecer en los autores y escritos siguientes: Bernal Diaz del Castillo, Historia de la Conquista.—Lopez de Gomara, Crónica de las Indias.—Antonio de Herrera, Historia general de las Indias.—Itinerario de la isla de Yucatan, por el capellan de Juan de Grijalva, MS.—Fr. Bartolomé de las Casas, Historia general de las Indias.—Solís, Historia de la conquista de Méjico.—Memorial de Benito Martinez contra Hernan-Cortés, MS.—De Rebus gestis Ferdinandi Cortesii, MS.—Declaracion de Puertocarrero, MS.

—Declaracion de Montejo, id.—La Carta de Veracruz, id.—Martir de Anglería, De orbe novo, y de Insulis nuper inventis.—Oviedo, Hist. nat. y gener. de las Indias.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Clavigero, Stor. del Messico.—Tezozomoc, Cron. Mejicana.—Sahagun, Hist. de Nueva España.—Robertson, Hist. de América.—Moratin, Las Naves de Cortés.—Prescott, Hist. de la Conquista de Méjico.—Con respecto á la del Perú, pueden verse las siguientes: El P. José Acosta, Historia natural de las Indias.—Pedro Mártir de Anglería: De Rebus Oceanicis decades.—Relatione d'un capitán spagnuolo della conquista del Perú.—Pedro de Cieza de Leon, la Chronica del Perú.—Paul

Chaix, Histoire de l'Amerique Meridionale.—Frezier, Voyage aux côtes du Perú, du Chili, et du Brésil.—Garcilaso de la Vega, Historia de los Incas.—Garcilaso de la Vega, Historia de las Guerras civiles de los españoles en las Indias.—Antonio de Herrera, Hist. general de las Indias Occidentales.—Wasingthon Irving, Los compañeros de Colon.—Gonzalo de Oviedo, Hist. general de las Indias Occidentales.—William Prescott, History of the Conquest of Perú.—Ramusio, Viage de Francisco Pizarro, etc.—Ternaux-Compans, Voyages, relations et memoires, etc.—Ulloa, Memorias filosóficas, históricas y físicas de América.—

Juan Velasco, Hist. del reino de Quito.—Francisco de Xerez, Conquista del Perú y de la provincia de Cuzco.—Agustin de Zárate, Historia del Descubrimiento y conquista del Perú.—Quintana, Vidas de Españoles célebres, Francisco Pizarro.

En la Coleccion de documentos inéditos, tomos 1, 2 y 4, articulos Carlos I., Hernan Cortés, Benito Martinez, Montejo, Pámfilo de Narvaez, Velazquez (don Diego y don Antonio), y otros varios, se encuentran muy interesantes y curiosos documentos, relativos á la conquista de Nueva España y á la vida del famoso conquistador.